

PN 768

A4



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

FONDO
RODRIGO DE LLANO

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



CAMUS

No hay más remedio: tienen que ir muriéndose todos, y no por esto hay motivo para ser pesimista, ni vale llamarse á engaño; desde muy niños empezamos á persuadirnos de que somos mortales. ¡Ay! Sí; pero una cosa es creer en la necesidad lógica y ontológica de la muerte, á pesar de las graciosas é ingeniosísimas paradojas de esperanzas de eternidad epitelúrica del pobre Guyau (que ya se murió *también*); una cosa es saber que *morir tenemos*, y otra cosa es ir viendo la muerte, alrededor nuestro, cómo va matándonos la parte de corazón que tenemos desparramada por el mundo, y cómo se va acercando, acercando, afinando la puntería, hasta herir en el misterioso centro en que lo sentimos todo. No hay que ser pesimista, es verdad; digámoslo dando voces para animarnos los unos á los otros, como gritan, para

entenderse entre los bramidos de la tempestad, los marineros náufragos que juntan en un solo esfuerzo el valor y la energía de todos para luchar más tiempo con la fuerza inexorable que ha de arrojarlos, á todos también, al abismo. ¡No hay que ser pesimista! No: todo es relativo. La culpa de que nos muramos no la tiene la muerte siquiera, sino la vida. Es más: si sois jinetes bastante diestros para montar á la grupa en las paradojas de Schopenhauer, consoláos con saber que la muerte, en rigor, no existe; que no hay sensación, por dolorosa y extrema que sea, que no sea todavía de la vida: la muerte no se siente. Á lo que no puede llegar el ingenio del filósofo es á demostrarnos que no se siente la muerte... de los demás. Y en los demás y en *lo* demás nos vamos muriendo nosotros, como lo pintó muy *á lo vivo* el poeta Richépin en unos hermosos versos.

El mismo día que yo tuve noticia de la muerte de Rafael Calvo, se me *había muerto* á mí un diente. ¡Qué tenía que ver el ilustre actor con mi incisivo! Para los demás, nada; para mí, mucho: eran dos cosas de mi juventud que se iban. Calvo, el ideal romántico del teatro español, que se me iba; algo del alma de mis veinte años, de los entusiasmos de *mi poeta interior*: el diente... ¡figúrese el lector si un diente tiene algo que ver con la juventud!

II

Pero los que *más* mueren son *los padres*. También esto es natural, pero también es muy triste; y por lo mismo es natural. Se nos mueren los padres de la sangre, que lo son, por consiguiente, del corazón; y se nos mueren los padres del espíritu. Cuando se ama bastante las ideas para tenerlas por un tesoro, el alma agradecida recuerda la paternidad de cada una. Morírsele á uno *los padres* es morírsele, por ejemplo, Víctor Hugo, morírsele García Gutiérrez, cuando se ha sentido en el cerebro algo nuevo leyendo las *Odas y baladas* ó los *Cantos del crepúsculo*, ó viendo *El Trovador*. Yo confieso que cuando muera Renan, si muere antes que yo, estaré de luto por dentro. Mi gran respeto á ciertos hombres, respeto que ya me han echado en cara, tiene sus hondas raíces en esta paternidad espiritual: para mí Giner de los Ríos es padre de algo de lo que más vale dentro de mi alma; Tolstoï, un ruso que está tan lejos y á quien no veré en mi vida, algo engendró dentro de mí también... Y, como hay padres, hay abuelos de este género: Fray Luis de León es antepasado, estoy seguro, de mis tendencias místico-artísticas; y, en cambio, leyendo á Quintana veo en él un compatriota, pero *nada mío*, á lo menos por la línea directa.

¿Que adónde va á dar todo esto? Va á dar á Camus, un muerto que también era padre de algunas cosas más. Fué mi maestro.

III

Si queréis que se hable con sinceridad del dolor que causa la muerte de los hombres que merecen *necrología*, dejad que cada cual recuerde los vínculos que le unieron con los *desaparecidos*.

Para una elegía clásica ó un elogio fúnebre de Academia ó de cementerio, el dolor *impersonal*, los lugares comunes de primera ó segunda clase de la *Funeraria* de las letras; para hablar de la pena verdadera, lo que *uno siente*, las memorias de las relaciones de corazón y de inteligencia que se hayan tenido con el muerto.

No escribo la biografía ni la apología de Camus. Acabo de leer, en un telegrama, que ha muerto: me llega al alma su muerte: fué mi profesor, tengo algo que recordar de su corazón, de su carácter, de su significación en nuestra cultura, y por eso escribo.

No tengo á mano ningún *diccionario biográfico* (ni siquiera el libro de las cien mil señas) en que sea probable que esté el nombre de Camus: era de esos literatos que hacen de veras lo que muchos dicen que se debiera hacer, sin hacerlo: despreciar

la notoriedad insípida, el aplauso de la multitud. No: no es probable que el nombre de Camus ande en diccionarios. Yo no se dónde ni cómo nació. Es más: al llamarle Alfredo Adolfo Camus, no estoy seguro de que no debiera llamarle Adolfo Alfredo.

Con estos datos no se escribe una biografía. Pero se puede *relatar el cuento de cómo vos conocí*, como dice el Cervantes convencional y simpático de *El loco de la guardilla* al falso Lope de Vega de la misma zarzuela.

La primera noticia que tuve de Camus en este mundo, fué por una traducción de la retórica de Hugo Blair, anotada y ampliada, si no recuerdo mal, por este catedrático español, que primero explicó esta asignatura y después pasó á la Universidad.

A los pocos años le vi en su cátedra de la *Central*: *leía*, como decían los antiguos, literatura latina á los estudiantes de un curso, y á los de otro literatura griega.

Era allá por los años de 1871 á 72 (estilo de matrícula). Yo me había hecho abogado en un periquete, aprovechando lo que entonces llamábamos *libertad de enseñanza*, en mi pueblo, para correr á Madrid á estudiar lo que se denomina *filosofía y letras*. ¡Hermosa juventud! Salía yo de las tristezas nebulosas de la *penserosa* adolescencia, que ve más y presiente mejor que la juventud: entraba en

esa edad de *renacimiento*, confiada, llena de esperanzas, entusiasta; y ponía gran parte de mis amores en las letras, según esperaba que me las enseñasen en Madrid las *lumbreras* que yo tanto admiraba desde lejos. En el primer año me esperaban Canalejas y Camus. Canalejas representaba á mis ojos toda aquella filosofía de la belleza que yo me figuraba como un dilatadísimo espacio lleno de resplandores. ¡Cuánto había que aprender! Pero todo, todo se estudiaría. Camus representaba las letras clásicas, pero las verdaderas, no las del dómine que había tenido que improvisarse un *helenismo* que estaba muy lejos de su ánimo, para poder cumplir con las reformas del plan de enseñanza oficial. Mi dómine helenista (que por lo demás era un bendito), ¡cuán aborrecible había hecho para siempre el Ática, y las islas Jónicas, y la severa región de los Dorios, á muchos de mis discípulos que ahora son ingenieros, jueces, diputados, y, á pesar de sus dos años de griego, sólo recuerdan algunos signos del alfabeto por sus estudios de matemáticas! A mí, á pesar de haberme pronosticado que pararía con mis huesos en un presidio, por confundir el aoristo segundo con el pretérito imperfecto (que él también confundía), á mí nunca logró hacerme despreciar á Homero el buen dómine; porque yo, tomando por el atajo, me dedicaba á traducir *directamente* del francés

La Iliada y á comparar mi traducción con la de Hermosilla en persona. Pero, huyendo del dómine, fui á Madrid en cuanto despaché con Alfonso *el Sabio* y la ley Claudio Moyana, y llegué á la cátedra de Camus como un creyente á la Meca.

Camus tenía una leyenda estudiantil, como la tienen todos los profesores que se distinguen por algo. Por lo pronto, había dos Camus: el de la cátedra de literatura latina y el de la cátedra de literatura griega. El primero era el popular, porque en esta clase se mezclaban los estudiantes de Derecho, que eran cientos de diablos, con los estudiantes de Letras, que eran dos docenas de jóvenes estudiosos. Para los más, Camus era el de los chascarrillos, el de los cuentos verdes: se creía que había estudiado tantas antigüedades romanas con el exclusivo objeto de enterarse de la crónica escandalosa de los tiempos de Augusto. La verdad es que él solía decir:—Señores: á mí no me engañan ni Livia ni Augusto, porque sé todo lo que sucede en aquella casa, y crean ustedes que es un escándalo. Estoy en todos los secretos del tocador de aquellos buenos señores, etc., etc.—También se jactaba don Alfredo, y con justo título, de que él podría ser cocinero en la cocina del Emperador romano más delicado de paladar. Para los más, todas estas ingeniosas originalidades del ilustre humanista no eran más que salidas de un excén-

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

trico, que le habían costado muchos años de manejar libros y estudiar museos. Lo que toda esta *alegría* de la cátedra de Camus significaba, era cosa mucho más profunda: significaba resolver prácticamente, en el mejor sentido, dos de las cuestiones de la pedagogía: una general, otra especial de la enseñanza clásica.

Pero ya hablaremos de esto. Y vuelvo á mis primeras impresiones de la cátedra de Camus.

IV

Una mañana de Octubre de 1871 entraba yo, ó creía entrar, en la cátedra de literatura latina de la Universidad Central. Estaba seguro: el aula tenía el número que rezaba el cuadro de la portería; la hora aquella era: allí estaría Camus. ¡Con qué emoción abrí la puerta! Penetré á lo gato por no hacer ruido, por cumplir bien con mi papel de mísero estudiante provinciano, absolutamente insignificante; me senté en un rincón del primer banco, y busqué con los ojos abiertos á lo maravilloso la figura simpática del profesor, de la *lumbera clásica*, como pensaba yo. En el sillón del catedrático estaba un joven de poco más de veinte años, moreno, de aventajada estatura, á juzgar por el busto. Hablaba con rapidez y con gesto y acento apasionados; movía mucho los brazos ex-

tendidos, y tenía cierta expresión de misterio en la mirada, en las inclinaciones de la cabeza y en el ir y venir de las manos, que á veces tomaban movimientos de alas. Parecía un moro vestido de levita. Lo que decía, también tenía para mí algo de árabe, á lo menos por lo incomprensible: yo entendía las palabras todas ó casi todas, pero se me escapaba el sentido de muchas frases, y por completo el de los raciocinios. Comprendí en seguida, sin necesidad de gran perspicacia, que ni aquel era Camus, ni aquello era literatura del Lacio. En efecto: había habido un cambio de horas entre dos clases, y la que tenía enfrente era la *Metafísica* krausista, explicada por el sustituto de Salmerón, el que hoy es mi queridísimo amigo y siempre maestro (desde aquel día) Urbano González Serrano.

Al día siguiente, algo más temprano, en aquel mismo sitio, en vez del joven de tipo oriental que hablaba de ideas sutilísimas con ademanes de la *pasión filosófica*, como sienta bien á todo pensador meridional, que lleva el corazón y el temperamento á la dialéctica y es á los filósofos lo que el Jerez á los vinos, merced á la colaboración del sol en el fermento de sus pensares; en vez del krausista extremeño, discípulo del krausista andaluz, vi detrás de la mesa del catedrático un anciano alegre y vivo en gestos y ademanes, de tipo fran-

camente latino, con permiso de Valera; una cabeza digna de una moneda del Imperio.

No hablaba tan de prisa ni con tanta facilidad como el joven filósofo del día anterior; pero la claridad de su discurso era transparente como el cristal: podía pintarse casi todo lo que decía; y el público numeroso de sus alumnos, tiernos bachilleres en artes que se preparaban para ser licenciados en derecho y después comerle un lado á la patria, con *justo título* y buena fe, aplaudía con sonoras carcajadas la gracia de los conceptos, lo pintoresco y malicioso de la expresión, y hasta la soltura, viveza y plasticidad de los ademanes. No cabía duda: aquel sí que era Camus. Pero lo que *explicaba*... ¿era literatura latina? A ratos, sí: á ratos, no. Esos partidarios entusiásticos de la integridad de los programas oficiales, que piden á grito pelado, desde las columnas de los periódicos más leídos, que cada catedrático explique, sin dejar una coma, *todo el programa* de la respectiva asignatura en los ocho meses *nominales* de cada curso, tendrían un gran disgusto asistiendo á la clase de Camus y viendo cómo solía empezar por el canto de los Salios y el de los hermanos Arvalles...; pero no concluir por los autores latinos del Bajo Imperio, ni por los retóricos y gramáticos, ni por la patología latina, ni por otras materias que en un buen *programa*, ordenado y completo,

pediría cualquier pedante como natural coronamiento de un curso que empezase por el pelasgo *alalo* y acabase por la famosa edad *del hierro* del latín, según la llaman muchos, Cantú en su *Historia de la literatura latina*, verbigracia. Camus no podía llegar, ni con mucho, al latín de los *Barbaros*, de los Avitos, Epifanios, Isidoros, Fredegarios, Teódulos y Gotescalcos; ni siquiera al de Lactancio, etc.. porque tenía que hablar de otras cosas que le parecían más interesantes, verbigracia, de las tragedias de Shakspeare en su relación con las *Doce Tablas*, del *Reisebilder* de Heine, de *El mágico prodigioso*, de Calderón, y de la *scortum* abominable, y de Poppea y Actea sentimentales y pudibundas en la perdición refinada. Es necesario confesar que no es así como se cumple con el ideal de la instrucción pública, según se le puede ocurrir que deba ser á un redactor de periódico callejero, que probablemente opinará que se debe suprimir el latín hasta del misal.

La cátedra de Camus se parecía al *Museum* de Juan Pablo, de ese Juan Pablo con quien el perspicaz, pero no siempre tolerante Hipólito Taine, ha sido tan poco justo, no queriendo pesar todo el valor de lo que el crítico francés llama sus extravagancias, las extravagancias que tanto admira el ilustre Carlyle, á quien Taine reconoce la calidad de genio... Camus, sin llegar á tales alturas, iba

camino de ellas, en un bellissimo desorden, lejos de los casilleros oficiales de hacer ciencia y literatura por horas y vista ordeñar. Yo creo que el estudiosísimo amigo de los clásicos se echaba esta cuenta:—La mayor parte de los chicos que me oyen, me oyen como quien oye llover: ellos, más inteligentes que el Gobierno, comprenden que ni Festo ni Macrobio les han de sacar de ningún atolladero cuando tengan que hablar, en *estrados*, del *interfecto*, ó pedir recomendaciones para una plaza por *oposición*; que ni Palladio ni Sexto Africano son autoridades que se puedan invocar para falsificar unas actas de diputado con arreglo á las *prácticas* parlamentarias; y que si está de Dios que algún día ellos sean *de la comisión* de algún negocio de los gordos, ó siquiera de algún proyecto de Código, no les valdrá acotar con Ammiano Marcelino, ni con Claudiano, ni con Ausonio. Al lado de estos muchachos, futuros gobernantes de la patria, hay otros pocos que tienen afición á las letras, y aptitud para su cultivo. A éstos, lo que más les conviene, lo que más prisa les corre, no es que yo les repita aquí, de memoria, las noticias biográficas y bibliográficas referentes á los cientos de escritores que manejaron el latín, las cuales noticias pueden ellos leer cuando quieran en los mil y cien manuales que las contienen: lo que más prisa les corre es llenar el ánimo de la *unción literaria* que

es indispensable para tener buen gusto y hablar con sentido práctico de las cosas de los artistas de la palabra, de las bellezas de la poesía. Hagamos á estos chicos, ante todo, comulgar en la gran iglesia del arte universal, haciéndoles ver el parentesco de la poesía de todos los tiempos y de todos los pueblos; llenémosles el corazón y la fantasía del entusiasmo estético por todo lo que produjo la humana poesía, y sírvanos de ejemplo para la admiración, hoy la obra de un romano, mañana la de un griego, después la de un alemán ó un persa; busquemos y encontremos las infinitas afinidades electivas de los genios poéticos de todos los siglos; y la asociación de ideas y el magnetismo artístico llévennos de polo á polo, saltando siglos y extensas regiones en un momento, en desorden aparente, pero siempre guiados por la lógica de la hermosura, por las relaciones sutiles y delicadas de lo grande y de lo bello, que, pese á la necedad y á la prosa humana, que no entienden de esto, se dan la mano desde lejos, y se parecen cuando no lo parecen, y están siendo lo mismo cuando á los ojos profanos se les antojan más diferentes y separados.

Por esto, ó algo semejante que pensaba Camus, se hablaba de *El Mercader de Venecia* acabando de analizar el latín de hierro de las *Doce Tablas*; y de la cortesana que tenía á Ovidio desesperado á